

D. CORPUS CHRISTI. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 6,51-58.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

-Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

-Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

EL PAN PARA LA VIDA

Celebramos hoy la **«Solemnidad del Corpus Christi»** y el Evangelio nos habla de Jesús, que afirma con sencillez: **«Yo soy el pan vivo, bajado del cielo»**. Ante la multitud, el Hijo de Dios se identifica con el alimento más común y cotidiano, el pan: **«Yo soy el pan»**. Entre los que escuchan, algunos empiezan a discutir: **«¿cómo puede Jesús darnos a comer su propia carne?»** También nosotros nos hacemos hoy esta pregunta, pero con asombro y gratitud, dos actitudes sobre las que reflexionar: **«asombro y gratitud, ante el misterio de la Eucaristía»**.

Primero, **«nos asombramos»**, porque **«las palabras de Jesús nos sorprenden»**. Jesús siempre nos sorprende. **«El pan del cielo»** es un don que supera todas las expectativas. Quien no capta el estilo de Jesús sigue desconfiando ante algo que parece imposible, incluso inhumano, comer la carne de otro.

La carne y la sangre, en cambio, son **«la humanidad de Jesús»**, su propia vida, **«ofrecida como alimento para la nuestra»**. Es la presencia real de Cristo. **«Esto nos habla de un Dios que no es lejano ni celoso, sino cercano y solidario con el hombre»**, que siempre lo busca y lo espera y nunca lo abandona. **«Hasta el extremo de ponerse, indefenso, en nuestras manos, a merced de nuestra aceptación o de nuestro rechazo»**

Y esto nos lleva a la segunda actitud: **«la gratitud»**. Hacer **«memoria agradecida de la acción divina»** y renovar nuestro compromiso de **«fe, confianza y comunión»**. La **«comunión de vida»** con Cristo es el punto principal del misterio eucarístico. Sin embargo no podemos vivir en comunión con Él si no vamos al **«encuentro del hermano»**. Y es que todos **«formamos parte del mismo Cuerpo»**.

Somos comunidad, **«alimentados todos por el cuerpo y la sangre de Cristo»**. Y la Eucaristía nos pone en el camino de **«nuestra misión»** de cristianos. **«Reconocemos a Jesús allí donde está presente para nosotros y con nosotros»**.

Él se hace pan para nosotros. **«El que come mi carne permanece en mí y yo en él»**. El Cristo, verdadero hombre, sabe bien que hay que comer para vivir. Pero también sabe que esto no basta. Después de haber multiplicado el pan terrenal, prepara un don aún mayor: **«Él mismo se convierte en verdadera comida y verdadera bebida»**. **«¡Gracias, Señor Jesús!»**

«El pan celestial» que viene del Padre, es el mismo Hijo hecho carne por nosotros. Este alimento nos es más que necesario, porque sacia el hambre de **«esperanza»**, el hambre de **«verdad»**, **«el hambre de salvación que todos sentimos»**, no en el estómago, sino en el corazón. **«La Eucaristía nos es necesaria, a todos»**.

Según el Concilio Vaticano II, la Eucaristía constituye la culminación de toda la vida cristiana y **«el fundamento sobre el que la Iglesia se construye y progresa»**.



Jesús se ocupa de **«nuestra mayor necesidad»**. Jesús **«nos salva»**, alimentando nuestra vida con la suya, y esto, para siempre. Y **«gracias a Él podemos vivir en comunión con Dios y entre nosotros»**. El pan vivo y verdadero no es algo mágico, no es algo que resuelve de repente todos los *problemas*, es **«el Cuerpo mismo de Cristo, que da esperanza a los pobres y vence la arrogancia de los que se jactan en su detrimento»**.

Preguntémonos entonces:

- **«¿Tengo hambre y sed de salvación»**, no sólo para mí, sino para todos mis hermanos?
- Cuando recibo la Eucaristía, que es el milagro de la misericordia, **«¿soy capaz de maravillarme ante el Cuerpo del Señor, muerto y resucitado por nosotros?»**

Oremos juntos a la Virgen María, para que nos ayude a **«recibir el don del cielo en el signo del pan»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
7 de junio de 2026